

BX1751

.A1

W4

v.5

ES PROPIEDAD



TIPOGRAFÍA DEL EDITOR, BARCELONA

FONDO EDITORIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCIÓN

1. El fin de esta obra es demostrar la relación que existe entre lo natural y lo sobrenatural.—En los volúmenes precedentes, no hemos emitido casi ninguna idea que no pueda firmar un pagano, si es lógico en sus pensamientos, y si conoce perfectamente el mundo y su corazón. No hemos escrito tampoco, por decirlo así, una sola palabra que no haya sido sacada de pensadores paganos, ó de autores modernos, que son ciertamente muy inferiores considerados desde el punto de vista del antiguo paganismo.

En lo sucesivo, nuestra marcha cambiará completamente. En lo que vamos á estudiar, todo un mundo nuevo se ofrece á nuestras miradas; el mundo de lo sobrenatural, el mundo de la Revelación.

Cuando decimos un mundo completamente nuevo, no se quiere decir que éste, cerniéndose sobre nosotros en alturas inconmensurables, y separado de nosotros por distancias infranqueables, no tenga nada que ver con la vida ordinaria, y que debamos abandonar este mundo en que vivimos para llegar á aquél. ⁽¹⁾ Es indudable que lo sobrenatural está de tal manera sobre lo natural, que, reducidos á nuestras propias fuerzas, no podríamos concebirlo, ni, á mayor abundamiento, conseguirlo; pero Dios, por cuya gracia tenemos conocimiento de este mundo más elevado, nos ha tendido igualmente, por esta misma gracia, el puente para llegar á él, y, al presente, tenemos, no sólo la posibilidad, sino también el deber de aspirar á él con todas nuestras

(1) Deut., IV, 7; XXX, 11.

008976

fuerzas. Para ello no tenemos necesidad de abandonar la tierra; al contrario, debemos afirmarnos sólidamente en la base de la naturaleza, de la naturaleza verdadera y purificada, por supuesto, y apropiarnos de este modo el mundo nuevo que, de las alturas en que se encuentra, descende hasta nosotros. Ó, hablando con más exactitud, debemos, para conseguir este fin, penetrarnos del espíritu de lo sobrenatural con objeto de afirmar nuestros pies sobre el fundamento de la naturaleza, y poderla conducir, del estado de corrupción en que se encuentra, á la pureza, á la verdad y á la libertad. Es necesario que aprendamos á conocer la vida sobrenatural y á realizarla en nosotros, para poseer una vida verdaderamente natural. Es necesario que seamos hombres completos, siendo verdaderos cristianos, y uniendo en nosotros, en unidad viva, lo natural y lo sobrenatural.

2. La única cuestión de hoy es la lucha en favor ó en contar de esta relación.—Pero esto nos pone en una situación difícil relativamente á nuestra época. No hay que disimular que aquí se unen contra nosotros todos los que quieren regimentar á Dios en vez de someterse á él. Puede ocurrir que entre ellos los haya como Pilatos y Herodes; mas, bajo este concepto, todos son nuestros enemigos comunes. «Lo que más distancia actualmente de la Iglesia á los sabios—dice uno de los representantes más moderados del espíritu moderno—podría ser muy bien la fe en el milagro. Si la confianza en la Iglesia ha de ser restablecida entre los hombres pensadores, la primera condición para lograrlo es resolver la cuestión de la creencia en el milagro,—es decir, en lo sobrenatural—y emplear todos los esfuerzos para hacerlo aceptable de nuevo al mundo». ⁽¹⁾

Es esta una de las menores exigencias que el espíritu de la época impone como condición á la religión cristiana para entrar en tratos con ella. Egidy afirma que el Cristianismo debería tener por lo menos bastante desinterés

(1) Paulsen, *System der Ethik*, 342.

para no querer sujetarnos hoy á cosas que en otros tiempos eran consideradas como órdenes de Dios; pero en ellas incluye él ante todo la doctrina de la fe en general.

Y así de casi todos. No sólo se atacan algunos artículos de fe, sino la fe en general. La Asamblea Pedagógica de Leipzig, celebrada en la Pascua de Pentecostés de 1893, declaró que los institutores del pueblo ante todo debían tener una formación independiente de todo dogma religioso. Los teólogos y los predicadores que todavía aspiran á ser escuchados, en adelante no podrán tener, como fundamento de su modo de ver personal y de su modo de obrar en público, el Credo Apostólico; así lo aseguran, á docenas y centenares, oradores muy avanzados, tales como Harnack, Schrempf, Achelis, Dreyer, etc. «El Cristianismo sin dogmas»; tal es el grito de guerra en Alemania é Inglaterra. Los americanos ya no necesitan este santo y seña, pues casi han suprimido el dogma, poniendo en su lugar la pseudocultura ética, que Europa ha recibido de ellos con avidez, en la esperanza de acabar con la religión, por medio de dicha falsa cultura, con mayor facilidad que negando la idea religiosa.

Entre todas estas y otras numerosas tendencias semejantes, sobresale siempre la misma intención capital, á saber, extirpar todo lo religioso y sobrenatural. «En efecto; —dice un anónimo versado en estas materias—la mística debe ser separada del Cristianismo; sólo debe cultivarse la ética, si queremos tener seguro el porvenir. La mística y la ética son polos opuestos que no se concilian en el Cristianismo. Quien permite la influencia de la mística, debe rechazar la ética. En el Nuevo Testamento hay mística, es verdad, pero no hay que hacer ningún caso de ella; de lo contrario, no podría uno servirse ya del Cristianismo para formar al hombre, para educar á la juventud, y particularmente á los estudiantes. Así, pues,—concluye—¡atrás toda esta concepción mística del Cristianismo! Nos basta con la moral». ⁽¹⁾

(1) Extracto del *Pædagogium*, en el *Katholik*, 1880, tom. 60, 252.

Esto es evidentemente una declaración de guerra á lo sobrenatural. Pero es un hecho cierto que una gran parte de nuestros contemporáneos se coloca en este punto de vista, los unos conociéndolo á medias; los otros con toda claridad. Los primeros dejan que Dios exista, piense y obre; pero, como dice Marcial: «Si Dios y el emperador me invitaran hoy á comer, y el camino que conduce al cielo fuera más corto que el que lleva al palacio imperial, devolvería con todo á Dios su invitación para ir á casa de mi dios en la tierra»; ⁽¹⁾ ó la fórmula infame: «Servicio de señor es antes que servicio de Dios»; tal es la fórmula más breve y popular para expresar este pensamiento. Los segundos dicen abiertamente con Strauss: «Sólo hay una cosa que odiamos, ó sólo hay una cosa contra la que luchamos, declarándole guerra á muerte. Queremos designar así el único enemigo que el mundo tiene: lo sobrenatural, el más allá». ⁽²⁾

Si todos vieran claramente que, en realidad, es esta la sola cuestión del presente y la sola verdadera causa de todas sus luchas, la situación estaría pronto despejada. Estamos en medio de una eterna lucha, sin saber á quién atacar ni á quién defender. Aquí se ponen por delante, como escudo protector, los derechos del Estado y de la corona, allí el Episcopado, el derecho de vigilancia, el *placet regio*; unas veces el progreso del desarrollo social, otras la libertad de la ciencia, la libertad de conciencia y la dignidad del hombre, los derechos de la razón, las convicciones, y sabe Dios cuántas cosas más todavía. Nos agotamos para probar al mundo que no tenemos malas intenciones contra todo esto; sin embargo, todo sigue como estaba. El enemigo no cae, los reproches no cesan, la lucha no termina; no hay paz ni tratado duradero.

Es natural. En el fondo, no se trata ni de los derechos de la corona, ni del progreso de la sociedad, ni de la extensión de la ciencia, sino que siempre y en todas partes

(1) Marcial, IX, 92.

(2) Strauss, *Glaubenslehre*, II, 739.

se trata de una sola y misma cosa, de lo sobrenatural. No es la existencia de lo sobrenatural lo que se discute—nadie tiene dudas respecto á este punto, aun cuando hay quien aparenta no creer en él;—pero la lucha se entabla en torno de la cuestión de saber si lo sobrenatural tiene el derecho de intervenir en el mundo, de establecerse sobre la base de la naturaleza, de aplicar sus leyes á la vida de los hombres, y no sólo á la vida íntima y privada, sino también á la vida exterior y pública.

He aquí cuál ha sido en todo tiempo el punto litigioso propiamente dicho. Sólo que antes no osábamos decirlo tan abiertamente como ahora. Nuestros adversarios se habrían mostrado soberanamente irritados, si se lo hubiéramos manifestado como un punto decisivo. Muchos—lo admitimos voluntariamente de buen grado—no creían que, en estas discusiones contra la Iglesia se tratase de arrojar del mundo lo sobrenatural; en todo tiempo, el número de los que son empujados por los otros es mayor que el número de los que empujan, y es muy reducido el número de los que, en las grandes luchas intelectuales, saben darse cuenta de toda la importancia de una palabra. Mas, actualmente, los espíritus directores no guardan ninguna moderación; en todas partes se han quitado la máscara. Dicen, con la mayor frescura, que estas palabras de orden, de moral libre, de emancipación de la humanidad, no significan otra cosa que la lucha contra lo sobrenatural. ⁽¹⁾

Una gran ventaja de nuestra época es que empezamos por fin á ver claro. Nadie puede engañarse ni inducir á los otros á error. La única cuestión del presente es—lo negará quien quiera—la lucha por ó contra lo sobrenatural, mejor dicho, por ó contra la unión de lo sobrenatural con el mundo.

3. Peligro en que está todo el orden natural por la lucha contra lo sobrenatural.—Con esto, la vida natural es la que está más comprometida. Era un ardid de guerra bien calculado el que dió por consigna Feuerbach:

(1) Jodl, *Gesch. der Etik*, I, 87.

«Queremos la paz y poner fin á esta querrela eterna; tomad el cielo, si lo queréis, y dejadnos la tierra. ⁽¹⁾ Os dejamos lo sobrenatural en vuestra Iglesia, en vuestra teología; cosas son estas que nosotros no discutimos. Pero no queremos de ningún modo que vosotros os metáis en nuestro dominio». Por esto se reclama la separación de la Iglesia y del Estado, la separación de la fe y de la ciencia, de la religión y de la moral, la Iglesia libre en el Estado libre, la moral libre, la libertad de la ciencia, la libertad de enseñanza.

¡Reclamaciones excesivamente sencillas en apariencia, pero en realidad llenas de peligros! ¡Si solamente procedieran de intenciones sinceras! Ó más bien, ¡si fuera solamente posible tomarlas en serio! Mas ellas contienen la destrucción del orden sobrenatural y á la vez del natural.

Por esto la Iglesia se ha levantado contra ellas. ⁽²⁾ Al contrario, los que han sido víctimas de estas palabras capciosas, voluntaria ó involuntariamente, han llevado un perjuicio á la causa de la religión y de la sociedad. Ahora, gracias á esta concentración sobre lo natural, las cosas se ofrecen de modo que ya no hay duda posible. No se trata solamente de la Biblia y del altar, sino también del trono y de la sociedad, de toda especie de ciencia, de la escuela, de la educación, del matrimonio, de la familia, del arte, de las costumbres públicas y privadas, en una palabra, de la conservación de toda la civilización y de la cultura en lo presente y en lo porvenir. Todo lo que el Cristianismo ha salvado y fundado con el trabajo de diez siglos, es necesario, no solamente separarlo de él, sino exterminarlo con él. La lucha no tiene sólo por objeto la ruptura con lo sobrenatural, sino la ruina de lo sobrenatural y de lo natural al mismo tiempo.

Á consecuencia de esto, las cosas han tomado un giro tal, que con trabajo podemos medir la extensión del daño.

(1) Cf. tom. III, Int.

(2) Syllab. errorum 55. Conc. Vatic., *De fide*, c. 4, 1.

Ningún principio de fe, ninguna convicción de la conciencia, ninguna exigencia del derecho natural, ningún juicio de la razón, ninguna moral aprobada por el tiempo y por la práctica universal, son ya estimados ni seguidos; ninguna potencia, ningún orden, ningún trono, puede considerarse libre de cuidados y prometerse larga duración. Si arrojamos una mirada á la literatura, al arte, á la vida pública, en todas partes vemos surgir aquellos Erostratos que dan el tono con el nombre de *fin de siglo*, realistas, decadentistas, modernistas, radicales, cuyo único objeto es pisotear todas las opiniones é ideas sobre la belleza y la verdad, la decencia y el derecho.

Con el respeto hacia Dios, han desaparecido también las consideraciones con todo lo humano.

¿Qué hay, pues, sólido todavía? ¿Qué es lo que ofrece todavía seguridad? ¿No tendremos pronto el estado de naturaleza que, desde Hobbes y Rousseau, tantos sabios han predicado con sus desvaríos que se creían inofensivos? Lo que Bakunín había predicho, á saber, la revolución social, política y económica, la destrucción universal y el restablecimiento de la amorfia, es ya casi un hecho consumado. No sólo no debe quedar piedra sobre piedra, sino que deben reducirse á polvo, á fin de que no se pueda levantar con sus restos un nuevo edificio. No sólo hay que derribar el matrimonio y la propiedad, y todas las instituciones políticas, sociales y religiosas, no, sino que es necesario extirpar las raíces de la idea de orden y de Estado, y derribar todas las tradiciones y todas las instituciones del mundo actual. Así lo quiere el programa del nihilismo. Para estos espíritus, la *Commune* de París es un ensayo infantil y ridículo, con el cual no se ha hecho el más pequeño servicio al mundo. Para curar á éste de la rutina en que está metido, convendría aniquilar toda idea de deber y de conciencia, y destruir, de la manera más cruel, más espantosa y más universal, todo cuanto existe. Convendría que pasaran siglos después de la destrucción general, á fin de que la nueva humanidad perdiera el

recuerdo de todo lo que ha arrastrado consigo hasta el presente. Sólo entonces sería cuando, cual ave fénix, podría renacer de sus cenizas. ⁽¹⁾

Leyendo esto, se cree ver realizadas sobre la tierra las palabras más duras que han sido dichas del infierno: «Un lugar de miserias y de tinieblas donde no hay ningún orden, y donde reinan las sombras de la muerte y un horror eterno». ⁽²⁾

Por esto los concedores más autorizados de nuestra situación miran el presente y el porvenir con legítima ansiedad. «Lo que no ofrece duda, afirma Samter, es que la situación actual está en plena contradicción con la civilización de que nos mostramos tan orgullosos». ⁽³⁾ «Entre los pueblos civilizados, agrega Schœmberg, hay millones y millones de individuos que están muy lejos de tener una existencia civilizada hablando con propiedad». ⁽⁴⁾ Y Schellwien califica nuestra situación de «perturbación del equilibrio universal, que amenaza continuamente hacernos caer en el caos y disolver la sociedad». ⁽⁵⁾

«Tocante al porvenir,—dice el noble y dulce Roscher—si el mundo continúa andando por el camino emprendido, hay que aguardar una catástrofe tan terrible como la que presenció el siglo XVI». ⁽⁶⁾ Se experimenta una sensación de abatimiento, cuando un historiador, un hombre de Estado y un economista tan eminente como Maurer, manifiesta, como resultado de su vida pública y de todos sus grandes estudios, el temor de ver iniciarse pronto para nosotros un porvenir indeciso y verdaderamente desolador. ⁽⁷⁾

Ya Niebuhr, en 5 de Octubre de 1830, en el prefacio

(1) Meyer, *Conversat. Lex., Supplement*, 1880, 624 y sig.

(2) Job, X, 22.

(3) Samter, *Das Eigentum in seiner socialen Bedeutung*, 222 y sig.

(4) Schœmberg, *Die Frauenfrage*, Basel, 1872, p. 4.

(5) Schellwien, *Die Arbeit und ihr Recht*, 239.

(6) Roscher, *Gesch. der Nationalökonomik in Deutschland*, 1024.

(7) Maurer, *Einleitung zur Gesch. der Mark—Dorf—und Stadtverfassung*, Prefacio, p. III.

del 2.º volumen de su Historia de Roma, se ha expresado en términos análogos. También Fichte temía una irrupción inevitable de barbarie y salvajismo. ⁽¹⁾

4. Sólo la fe en lo sobrenatural es el medio de salir de las desgracias de hoy.—¡Si solamente nosotros pudiéramos decir que estas perspectivas han sido pintadas con colores demasiado vivos! ¡Si solamente los hechos no mostraran ya realizadas estas negras ingratitudes! Cada año los cuadros de estadística registran, sólo en Europa, un término medio de 22.000 suicidios; ⁽²⁾ pero Masaryk asegura que no se declaran la mitad, de suerte que puede creerse perfectamente que ascienden á 50.000. ⁽³⁾ Según esto, no anda descaminado Guillermo Mattlew cuando evalúa el número de suicidios en 180.000 al año. ⁽⁴⁾ Cifras horribles son estas, pero más horrible es todavía lo que nos revelan. «Es—dice Masaryk—la irreligión de la época, la cual, más que en tiempos del Imperio Romano, es la causa de esa horrible inclinación al suicidio». ⁽⁵⁾ La formación y la civilización incompletas, la medianía y la inconstancia de los caracteres, son consecuencias inevitables de la incredulidad. El aplanamiento y la estupidez intelectuales resultan necesariamente de la cultura intelectual incompleta y de la negligencia de la voluntad, del corazón, y de la religión en la educación; el cinismo repulsivo, el escepticismo roedor, el grosero ateísmo, la aspiración de todos á una felicidad sensual que no puede alcanzarse, la sobreexcitación nerviosa que devora, el descontento insoportable, son inseparables de la anarquía moral y de la ruina del sentimiento cristiano. ⁽⁶⁾

Así se comprende el pesimismo que se apodera poco á poco de los paladines más avanzados contra lo sobrenatural; mal que les pese, vense obligados á confesar que

(1) J. G. Fichte, 11 *Rede an die deutsche Nation* (VII, 436).

(2) Cettingen, *Moralstatistik*, (3) 742.

(3) Masaryk, *Der Selbstmord*, 138.

(4) Wildermann, *Jahrbuch der Naturwissenschaften*, VIII, (1883), 494.

(5) Masaryk, *Idem*, 85.

(6) *Ibid.*, 85, 168-175.